

## EMOCIONES, SENSACIONES, SENTIMIENTOS.

**Introducción.** La experiencia de la resurrección se quedó grabada a fuego en la experiencia de la primera comunidad cristiana, fue tan fuerte que su recuerdo ha sobrevivido al paso del tiempo, y ha llegado generación tras generación hasta nosotros. Eso ha sido posible porque otras muchas personas han vivido la misma experiencia de encuentro con el resucitado y la han compartido como noticia fundamental en su propia historia. Si no se convierte en una experiencia personal, nos pasa como a Tomás el mellizo, que la experiencia que nos cuentan los otros no es suficiente para despertar nuestra fe.

Hay muchos momentos de nuestra vida que recordamos de forma difusa, borrosa, sin claridad. Pero los momentos verdaderamente importantes tienen los perfiles perfectamente definidos. Fue de camino hacia Emaús, fue junto al sepulcro, fue cuando estábamos reunidos con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y reconozco que en nuestra propia vida necesitamos hacer experiencia histórica, concreta, definida de nuestro encuentro personal con el resucitado. Si no, la falta de claridad nos hace hablar de forma confusa nuestra fe, y nos vuelve incapaces de dar razón de nuestra esperanza.

Pasar al corazón todo lo que tenemos en la cabeza es una tarea de toda una vida, y se vuelve una tarea inaplazable si no queremos convertir el paso de tiempo en una sucesión de horas, minutos y segundos, que nos acaban llenado de rutina y aburrimiento. Cuando las cosas no nos apasionan, y las vivimos de forma distraída, como por obligación, y no las elegimos vivir, tampoco las recordamos de una forma significativa. Decía Steve Jobs que lo primero que hacía por la mañana, cuando le dijeron que estaba enfermo de cáncer de páncreas, era mirarse al espejo y preguntarse si lo que tenía que vivir ese día le gustaba hacerlo o no. Y si la respuesta a la pregunta era que no le gustaba vivir lo que tenía por delante ese día, tenía que ir pensando en cambiar de vida. Eso mismo nos dice el Señor: que la inversión de nuestra vida sea en algo que sea elegido, no impuesto. Algo que nos guste y nos haga vivir con sentido. Lo mismo que las personas con las que compartimos espacios, tiempos y actividades. Si no renovamos diariamente la opción de vivir con quien vivimos, la sensación es que perdemos la vida, no que la entreguemos voluntariamente.

**Lo que Dios nos dice. “¡Atención, sedientos!, acudid por agua, también los que no tenéis dinero: venid, comprad trigo, comed sin pagar, vino y leche de balde. ¿Por qué gastáis dinero en lo que no alimenta?, ¿y el salario en lo que no da hartura? Escuchadme atentos, y comeréis bien, saborearéis platos sustanciosos. Prestad oído, venid a mí, escuchadme y viviréis. Sellaré con vosotros alianza perpetua, la promesa que aseguré a David: a él lo hice mi testigo para los pueblos, caudillo y soberano de naciones; tú llamarás a un pueblo desconocido, un pueblo que no te conocía correrá hacia ti: por el Señor, tu Dios; por el Santo de Israel, que te honra. Buscad al Señor mientras se deje encontrar, invocadlo mientras esté cerca”. Is 55,1-6.**

Renovar libremente la decisión de vivir lo que vivo, de trabajar en lo que trabajo, de compartir con quien comparto, de vivir acompañado de quien me acompaña, es uno de los signos de la resurrección. Necesitamos ganar en atención, en estar despiertos a lo que vivimos. Huir de la pesadez de la rutina, del tedio, de la falta de capacidad de sorprenderse. La ilusión, la esperanza, la renovación profunda de las ganas de vivir y de amar, son los signos de estar cerca del que es capaz de renovar la historia. Esa es una de las dimensiones de la resurrección, recuperar la conciencia y el protagonismo en todo lo que vivimos, relaciones personales, pensamientos, recuerdos, memoria.

La resurrección afecta nuestra relación con el pasado, es capaz de reconciliar todo lo vivido y lo llorado, lo disfrutado y lo aprendido. Es lo que Jesús logra con los discípulos de Emaús. La resurrección sobre todo afecta a nuestro presente. Ya no nos conformamos con vivir acumulando sensaciones, que se quedan en la epidermis, que de una forma fugaz pasan a ser recuerdo y olvido. Ni vivir de emociones que se suceden y apenas afectan a la voluntad y a la capacidad de decidir. La resurrección toca la mente, la voluntad, el corazón y la afectividad, y llegan a la voluntad, a la toma de decisiones, a la elección de vida que quiero llevar a partir del encuentro con el resucitado. Ya nada puede ser igual.

**“Habla mi amado y me dice: ¡Levántate, amada mía, hermosa mía, ven a mí! Porque ha pasado el invierno, las lluvias han cesado y se han ido, brotan flores en la vega, llega el tiempo de la poda, el arrullo de la tórtola se deja oír en los campos; apuntan los frutos en la higuera, la viña en flor difunde perfume. ¡Levántate, amada mía, hermosa mía, ven a mí! Paloma mía que anidas en los huecos de la peña, en las grietas del barranco, déjame ver tu figura, déjame escuchar tu voz, porque es muy dulce tu voz, y es hermosa tu figura.” Ct 2,10-14.**

Hay un amor tremendo esperando nuestra respuesta hoy, aquí, ahora, con las circunstancias que me rodean. No se puede experimentar la vida nueva de Dios alejados de la realidad. O lo vivo y experimento en medio de mi presente, o no seré capaz de descubrirlo en mi futuro.

**Cómo podemos vivirlo.** Nos roba la vida idealizar situaciones que no son las que me toca vivir. Nos gustaría ser otros, envueltos en otras circunstancias, viviendo otras vidas. Y esa es la mejor forma de permanecer en la insatisfacción. Resucitar es descubrir lo amado que soy yo, con mis características, con mi personalidad, a mi edad, con mi físico y mi carácter. Con mis límites y mis ambigüedades. Todavía tenemos grabado a fuego que el amor se debe merecer. Lo tenemos atornillado a nuestra forma de vivir. Para que alguien me considere valioso tengo que merecerlo y ganarlo. Y la resurrección nos introduce en una nueva lógica. La de la gratuidad y el don. Ojalá que despertemos a ese encuentro que nos espera en nuestro hoy, en nuestro ahora.